

XIX

Apenas Vinicio había acabado de leer, cuando entró Quilón en la estancia sin previo anuncio. Los esclavos habían recibido la orden de dejarle pasar á cualquier hora del día y de la noche.

— ¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja, como me protege el hijo de Maya!

— ¿Qué quieres decir?, preguntó Vinicio, saltando de su asiento.

— ¡Eureka!, exclamó Quilón, levantando la cabeza.

El joven patricio se conmovió hasta el extremo de no poder pronunciar ni una palabra en algunos minutos.

— ¿La has visto?, preguntó por fin.

— He visto á Ursus, señor, y he hablado con él.

— ¿Sabes dónde se esconden?

— ¡No, señor! Otro cualquiera, por vanagloria, hubiese confesado al licio que le conocía, hubiese intentado arrancarle el secreto de su refugio y hubiera obtenido por toda contestación un formidable puñetazo, ó hubiera despertado sospechas, ¿y el resultado? Esta misma noche hubiera escondido otra vez á la doncella. A mí me basta saber que Ursus trabaja en las inmediaciones del Emporio, al servicio de un molinero llamado Demade, nombre igual al de uno de tus libertos. Ahora puedes poner sobre sus huellas á un esclavo de confianza y descubrir su refugio. Yo puedo asegurarte que, hallándose Ursus en Roma, en Roma se halla también la divina Licia, y es muy probable que esta noche vaya al Ostriano.

— ¿Al Ostriano? ¿Dónde está?, interrumpió Vinicio, mostrando deseos de correr hacia allí inmediatamente.

— Un hipogeo, entre la vía Salaria y la vía Nomentana. Aquel pontífice máximo de los cristianos, de quien te hablé y que ellos esperaban, ha llegado, y esta noche predicará y bautizará en el Ostriano. Ocultan los actos de su religión, porque el pueblo, si bien no se ha promulgado ningún edicto contra ella, la odia y sería capaz de dar un mal rato á los que hiciesen pública manifestación de cristianismo. Ursus me dijo que hoy se reunirían todos en el Ostriano, pues no hay uno que no desee ver y oír al que fué apóstol predilecto de Cristo. De las mujeres cristianas, tal vez Pomponia será la única que no asista; no sabría cómo excusar su salida nocturna ante Aulo, adorador de los dioses antiguos. Licia, en cambio, que está bajo la tutela y vigilancia de Ursus y de los ancianos, no faltará.

Vinicio, que hasta aquel momento estaba como febril, y á quien la esperanza había animado, sentía, cuando esa esperanza parecía convertirse en realidad, todo el cansancio que puede experimentar una persona después de un trabajo superior á sus fuerzas. Esta circunstancia no escapó á la viveza y astucia de Quilón, que pensó aprovecharse de ella.



¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja..!

— Las puertas están custodiadas por tu gente, cosa que deben saber los cristianos; pero ellos no necesitan puertas, como no las necesita el Tíber. Para ellos dar un rodeo por ver al gran apóstol, no es trabajo pesado. Además conocen otros mil caminos, fuera de los muros. En el Ostriano encontrarás á Licia, y si no estuviese allí, estará seguramente Ursus, que me prometió matar á Glauco. ¡Escúchame, oh noble tribuno! Tú, pues, ó seguirás á Ursus para descubrir el paradero de Licia, ó lo mandarás arrestar como asesino, obligándole á revelarte el escondite. Yo he procedido de la mejor manera. Cualquier otro te hubiera dicho que se había visto obligado á vaciar diez frascos del mejor vino con Ursus, para arrancarle el secreto, ó bien que había perdido, jugando con él, mil sextercios, ó tal vez que había tenido que comprar el secreto por dos mil. Sé que tú me pagarías el doble; pero una vez en mi vida, ¡digo!, como siempre en mi vida, quiero ser leal, pues estoy persuadido de que tu bondad, como dice el noble Petronio, superará á todas mis esperanzas.

Vinicio, por su naturaleza guerrera intrépido y valeroso, fué dominado por momentánea debilidad, y dijo:

— Tu esperanza en mi generosidad no se verá fallida. Pero antes acompáñame al Ostriano.

— ¿Yo al Ostriano?, preguntó Quilón, que no sentía el menor deseo de ir á aquel sitio. Noble tribuno, yo te prometí encontrar á Licia, pero no raptarla. Piensa lo que sería de mí si aquel oso licio, después de haber matado á Glauco, se hubiese convencido de que el asesinato no es cosa justa. ¿No me consideraría como causa de su delito? No olvides, señor, que cuanto más grande es un filósofo, tanto más difícil le resulta contestar á las necias preguntas de los ignorantes. ¿Qué le habría de responder si me preguntase por qué había yo calumniado á Glauco? Pero, si no me crees, no me pagues hasta que yo te haya indicado la morada de Licia. Hoy dame sólo pruebas de una parte de tu generosidad, pues si te ocurriese una desgracia (¡los dioses no lo permitan!), yo no había de quedar sin recompensa, ni tu buen corazón podría tolerarlo.

Vinicio se acercó á un arca, colocada sobre un pedestal de mármol, y sacó de ella una bolsa que arrojó á Quilón.

— ¡Toma esos *escrúpulos!*, dijo. Cuando Licia esté en mi casa, recibirás otra bolsa igual, llena de oro.

— ¡Eres Júpiter!, exclamó Quilón.

Vinicio arrugó la frente.

— Ahora se te dará de comer; después reposarás, dijo. No abandonarás esta casa antes de la tarde, y cuando caiga la noche, me acompañarás al Ostriano.

El temor y la duda alternaron en el ánimo del griego. Por fin dijo tranquilo:

— ¿Quién puede resistir tus ruegos, señor? Acoge mis palabras como buen presagio; así las acogió nuestro gran héroe en el templo de Amón. En cuanto á mí, estos *escrúpulos* (é hizo sonar las monedas) han hecho desaparecer los *míos*. Tu compañía me causa placer sin igual.

Vinicio le interrumpió, impaciente, pidiéndole nuevos pormenores acerca de su coloquio con Ursus. Supo que aquella misma noche descubriría el paradero de Licia ó podría sorprenderla en el camino de regreso. Una alegría salvaje parecía invadir su alma. La perspectiva de encontrar á Licia disipó toda la ira que contra ella abrigaba. Perdonándola, sentía que la amaba con afecto más vivo; le pareció verla regresar de un largo viaje y hubiese querido llamar á todos sus esclavos para que adornasen su casa con guirnaldas; hasta su cólera contra Ursus había desaparecido. Se lo hubiera perdonado todo á todos. Quilón, contra el cual, á pesar de

sus servicios, había sentido hasta entonces cierta antipatía, le pareció de pronto una persona agradable y simpática. Su casa se le antojaba más hermosa; con el rostro radiante de alegría, se sentía joven y lleno de vida. El dolor de los pasados días no le había dado la justa medida de su amor por Licia; ahora podía apreciarlo, ahora que se convertía en realidad la esperanza de poseerla. El deseo despertó en él, como despierta la primavera bajo los templados besos del sol; pero era un deseo dulce y suave, no ardiente y salvaje como otras veces. Sentía en sí una fuerza ilimitada, y estaba convencido de que cuando Licia viviese á su lado, ni todos los cristianos del mundo, ni el mismo César, lograrían arrancarla de sus brazos.

Quilón, á quien la alegría del tribuno daba más fuerzas, emitió su opinión. Según él, Vinicio no debía considerar aún la causa como un triunfo; lo mejor sería tomar cuantas precauciones aconsejaba la prudencia para no perder lo ganado. Licia no debía ser raptada en el Ostriano. Ellos irían con el rostro oculto y se contentarían con examinar desde un ángulo obscuro á los concurrentes. En el caso de descubrir á Licia, lo prudente sería seguirla á cierta distancia, recordar luego la casa en que hubiese entrado, rodearla de esclavos al amanecer, y luego secuestrarla en pleno día. Perteneciendo Licia, como rehén, á César, podían hacerlo sin dificultad. Aun no asistiendo ella al Ostriano, seguirían á Ursus y el éxito sería el mismo. No era prudente, sin embargo, trasladarse al cementerio con una turba de esclavos, lo cual llamaría demasiado la atención y daría lugar á que se repitiese la escena del primer rapto.

Vinicio reconoció la sensatez de tales consejos, y recordando las palabras de Petronio, hizo llamar á Crotón.

Quilón se tranquilizó no poco, al oír el nombre del célebre atleta, cuya fuerza extraordinaria había admirado más de una vez en el Anfiteatro, y se manifestó dispuesto á ir al Ostriano. Con el apoyo de Crotón, le pareció mucho más fácil ganar la bolsa de oro.

Contento sentóse á la mesa, adonde le condujo el guardián del atrio. Mientras comía, refirió á los esclavos que había preparado para Vinicio un bálsamo maravilloso. El peor caballo, si llevaba untadas las patas con aquel bálsamo, vencía á cualquier otro en las carreras. Un cristiano le había enseñado la preparación, y los cristianos eran más hábiles en magia y en milagros que los mismos tesalios, aunque los hechizos de la Tesalia eran famosos. Los cristianos tenían en él una confianza ilimitada, y la razón no podía ocultarse á los que conocían el símbolo de un pez.

Hablando así escrutaba atentamente las fisonomías de los esclavos, para reconocer si entre ellos se revelaba algún cristiano y comunicárselo á Vinicio. Viéndose desilusionado en sus esperanzas, se entregó de lleno y sin ningún reparo á la comida y bebida, elogiando con gran énfasis al cocinero y afirmando que se lo iba á comprar á Vinicio. Turbaba ligeramente su alegría la idea de que debía ir aquella noche al Ostriano; pero se consolaba pensando que iría disfrazado, favorecido por las tinieblas y en compañía de dos hombres, uno de los cuales, gracias á su fuerza descomunal, había llegado á ser el ídolo de Roma, y el otro era muy respetado por su alta posición social.

«Aun cuando alguno reconociese á Vinicio, pensaba, nadie se atrevería á levantar sobre él la mano; en cuanto á mí, desafío á cualquiera á que me vea la punta de la nariz.»

Recordó su coloquio con Urbano, sintiendo viva satisfacción, y no dudaba que aquel gigante era Ursus en persona; conocía su extraordinario vigor por las palabras de Vinicio y por los esclavos que habían sacado á Licia del palacio impe-

rial. No era extraño que, al pedir un hombre robusto, Euricio le hubiese indicado á Ursus; además, la ira y el furor de éste oyendo los nombres de Licia y de sus perseguidores, le habían afirmado en su juicio. Urbano habló de la penitencia que se había impuesto á consecuencia de un homicidio..., y en efecto, Ursus había matado á Atacino. Y sobre todo, el aspecto del operario correspondía con exactitud á la descripción que del esclavo de Licia le había hecho el joven tribuno. La única circunstancia que hacía dudar un poco era el cambio de nombre; pero Quilón sabía que los cristianos casi siempre adoptaban otro nombre al bautizarse.

«Si Ursus cometió el homicidio, pensaba Quilón, muy bien... Si no se hubiese atrevido á matar á Glauco, sería también buena señal, porque significaría lo penoso que es para los cristianos el matar... Yo pinté á Glauco como un verdadero hijo de Judas, un traidor de todos los cristianos; estuve tan elocuente, que hasta una peña se hubiese conmovido prometiéndome derrumbarse sobre la cabeza de Glauco. Pero ¡cuánto trabajo me costó convencer á aquel oso licio! Se sentía afligido, no estaba decidido; hablaba de humillación, de penitencia. Se comprende que entre ellos el homicidio no es cosa habitual. Deben perdonar á quien les causa daño, y la libertad de vengar las ofensas ajenas es muy limitada. Ergo..., ¡fuera miedo, Quilón! ¿Qué te va á suceder? Glauco no puede vengarse; si Ursus no lo mata á pesar de su horrible delito de traición á todos los cristianos, menos te matará á ti, que no has sido traidor más que de uno. Y después, apenas logre indicar á aquel palomo el nido de la tortolilla, me lavo las manos y huyo á Nápoles. También los cristianos hablan de «lavarse las manos», y así parece que terminan todas sus querellas. ¡Qué buena gente son esos cristianos y cuánto malo se dice de ellos! ¡Esta es la justicia del mundo! ¡Me gusta esa religión, que no permite matar! Pero si no permite el homicidio, vedará también el hurto, el fraude y los falsos testimonios; no digo, por eso, que sea fácil seguir sus doctrinas; esa religión no sólo manda morir honradamente, como dicen los estoicos, sino también vivir honradamente. Si un día llego á tener una casa como ésta, una fortuna y tantos esclavos como tiene Vinicio, quizá seré también cristiano, hasta donde encuentre ventaja en ello. Un hombre rico puede permitírsele todo, ¡hasta ser cristiano! Y esta religión es para los ricos; no comprendo como hay tantos pobres entre sus sectarios. ¿Qué provecho sacan con dejarse atar las manos por la virtud? He de reflexionarlo: entretanto, gracias te sean dadas, ¡oh Hermes!, que me hiciste encontrar aquel tesoro; pero si lo hiciste sólo por amor á las dos novillas de cuernos dorados, no quiero saber nada más de ti. ¡Avergüenzate, asesino de Argos! ¡Eres un dios tan listo, y no has sabido prever que no obtendrías nada de mí! Yo quiero ofrecerte mi reconocimiento; pero si además exiges las terneras, debo decirte que eres también un buey, ó en la mejor hipótesis, merecerías ser un pastor, pero nunca un dios. Óyeme, si no quieres exponerte al peligro de que yo, como filósofo, pruebe á los hombres que ni siquiera existes; y en tal caso, ¡adiós sacrificios! Es más prudente vivir en armonía con los filósofos.»

Hablando consigo mismo y con Hermes, se tendió cómodamente sobre los cojines y se adormeció, mientras el esclavo empezaba á levantar la mesa. Despertó, ó mejor dicho, fué despertado al llegar Crotón; se dirigió al atrio y vió con gran complacencia al ex gladiador, cuya figura gigantesca parecía llenar todo el ambiente. Crotón, habiendo ya convenido con Vinicio la recompensa que había de recibir, estaba diciendo:

— ¡Por Hércules! Ha sido una suerte que me hayas mandado á buscar hoy, porque mañana he de salir para Benevento, adonde me llama Vatinio para probarme, en presencia de César, con un tal Siface, el negro más robusto del África. ¡Puedes

imaginarte, señor, cómo crujirán sus huesos entre mis brazos, cómo destrozará mi puño su negra mandíbula!

— ¡Por Pólux! ¡Estoy convencido de que lo harás!, respondió Vinicio.

— Sabrás portarte muy bien, añadió Quilón. ¡De seguro, le destrozará la mandíbula! Pero hoy, Hércules queridísimo, úntate los miembros con aceite de oliva, porque has de luchar con un verdadero monstruo. Se dice que el hombre que defiende á la joven deseada por el noble Vinicio posee una fuerza extraordinaria.

Con estas palabras intentaba Quilón excitar el amor propio del hércules.

— ¡Así es!, dijo Vinicio. Yo no le conozco; pero he oído decir que coge á un toro por los cuernos y lo derriba.

— ¡Oh!..., exclamó Quilón, que no se figuraba que la fuerza de Ursus fuese tan extraordinaria.

Pero Crotón sonrió desdeñosamente.

— Yo me siento capaz, noble señor, dijo, de levantar del suelo con este brazo lo que tú me indiques y con el otro defenderme contra siete de esos licios, y traerte aquí á la joven, aunque todos los cristianos me siguiesen como lobos calabreses. Si no lo consigo, me dejo matar en este mismo impluvio á golpes de maza.

— ¡No lo consientas, señor!, dijo Quilón. Le apedrearían, y entonces, ¿de qué le había de servir su fuerza? ¿No es mejor sacar á la muchacha de su casa y no exponerlos á ella y á ti á una muerte segura?

— ¡Es verdad!

— Tú me pagas y puedes mandarme; pero no olvides que mañana debo partir para Benevento.

— Poseo en Roma quinientos esclavos, fué la respuesta de Vinicio.

Después les hizo señas de que se retirasen y entró en la biblioteca, donde escribió á Petronio las siguientes líneas:

«Quilón ha encontrado á Licia. Esta noche iré con él y con Crotón al Ostriano, y estoy resuelto á robar, hoy ó mañana, de su habitación á la doncella. Los dioses te concedan sus favores. La alegría me impide escribir más extensamente.»

Cuando hubo terminado, empezó á pasear por la estancia. No era solamente la alegría lo que le ponía tan inquieto; sentía circular la sangre en sus venas con ardor insólito. ¡Al día siguiente, Licia estaría debajo de aquel techo! Aún no sabía cómo había de tratarla; pero estaba seguro de que en el momento en que ella le amase, sería su esclavo más rendido. Recordaba las palabras de Acté, que le había convencido del afecto de Licia; toda la dificultad consistía en vencer cierta virginal aspereza y en observar algunas ceremonias que la doctrina cristiana consideraba indispensables. Pero, una vez en su casa, Licia, cediendo á la persuasión y á la fuerza mayor, acabaría por entregarse á su amor.

La entrada de Quilón interrumpió sus dulces reflexiones.

— Me ha venido á la memoria una cosa, señor. Los cristianos tienen contraseñas, sin las cuales no se permite á ninguno entrar en el Ostriano. Sé que también las usan en las casas de oración y conozco tales contraseñas por habérselas visto á Euricio. Permíteme que vaya á encontrarlo.

— ¡Muy bien, sabio querido!, respondió Vinicio. Hablas como un hombre sensato y mereces elogios. Ve á casa de Euricio, ó adonde quieras; pero, como garantía, deja sobre aquella mesa la bolsa que te dí.

A Quilón pareció contrariarle la forma en que se le daba el permiso; pero obedeció por fin, y salió.

Desde las Carinas al Circo, en cuyas inmediaciones se hallaba la tienda de Euricio, el trayecto era breve; así es que Quilón pudo regresar pronto.

— ¡Tengo las contraseñas, señor!, dijo al presentarse. Sin ellas no tendríamos entrada. Me he informado exactamente de la calle. Dije á Euricio que necesitaba las contraseñas para unos amigos, no para mí, pues el camino es demasiado largo para un viejo como yo. Además, veré mañana al gran apóstol y oiré la mejor parte de su predicación.

— ¡Cómo! ¿No quieres ir con nosotros? ¡Debes ir!, dijo Vinicio.

— Sé que debo ir; pero deseo presentarme disfrazado, y te aconsejo que hagas lo mismo, para no asustar á nuestros pájaros.

Comenzaron á prepararse, porque ya las tinieblas se extendían sobre la ciudad eterna. Se envolvieron cuidadosamente en mantos y capuces y tomaron unas linternas. Vinicio armóse á sí mismo y armó á sus compañeros con puñales cortos y curvos. Quilón se cubrió la cabeza con una peluca que le proporcionó Euricio. En esta disposición salieron los tres de casa de Vinicio, apretando el paso para llegar á la puerta Nomentana antes de que la cerrasen.

XX

Pasaron, cruzando el *Vicus Patricius*, por el Viminal, dirigiéndose á la antigua puerta del mismo nombre, junto á la llanura donde más tarde levantó Diocleciano sus termas suntuosas. El camino, á uno de cuyos lados se hallaban los restos de los muros erigidos por Servio Tulio, parecía más desierto á medida que avanzaban, hasta que llegaron á la vía Nomentana: desde este punto doblaron hacia la izquierda por la vía Salaria, adelantando algunos pasos entre las fosas y los sepulcros.

La noche era oscura, y no habiendo asomado aún la pálida faz de la luna, se vieron en gran trabajo para hallar el verdadero camino; pero, como había previsto Quilón, los mismos cristianos se lo indicaron.

En efecto, á derecha é izquierda se divisaban negras figuras, que avanzaban cautelosamente por entre los fosos de arena. Algunas de esas figuras llevaban linternas, procurando, sin embargo, ocultarlas bajo los mantos; otros, á quienes era más conocido el camino, avanzaban en la obscuridad con relativa rapidez. Los ojos atentos y observadores de Vinicio distinguían, por los movimientos, las personas ancianas de las jóvenes y los hombres de las mujeres, por más que todos iban envueltos en largos mantos. Así la guardia nocturna como los aldeanos que regresaban de la ciudad debían de suponer que esos viandantes eran operarios ocupados en extraer arena de los fosos, ó quizá sepultureros que se dirigían á cumplir alguna obligación. Cuanto más avanzaba el joven patricio con sus compañeros, más numerosas lucían las linternas y más aumentaba la multitud de personas. Algunas cantaban, en voz baja, melodías tristes. A veces llegaban á oídos de Vinicio algunas frases como estas: «Si duermes, despierta;» «¡Levántate y vive!» Y el nombre de Cristo era repetido por hombres y mujeres.

Vinicio prestaba poca atención á tales palabras, preocupado con la idea de que una de aquellas negras figuras podía ser Licia. Más de uno le dijo: «La paz sea contigo» ó «Gloria á Cristo,» y fué atacado de viva inquietud, latiendo su corazón con violencia y pareciéndole que oía la voz de Licia. A cada instante creía descubrir entre las sombras su figura y sus movimientos; pero después de algunas desilusiones, empezó á dudar de sus propios ojos. El camino se le hacía interminable, y aun conociendo aquellos lugares, no podía, envuelto en profundas tinieblas, decir en dónde se encontraba. Los tres compañeros tropezaban continuamente contra las ruinas de murallas, cuya existencia cerca de la ciudad ignoraban. La luna, por fin, rasgó una densa nube que hasta entonces la había cubierto, iluminando aquellos parajes mucho mejor de lo que podían hacerlo las débiles linternas. A distancia brillaba una claridad producida por una hoguera. Vinicio preguntó á Quilón:

— ¿Es aquello el Ostriano?